

Oudinot era de baja estatura, desgarbado, de mirada indecisa y melancólica, de frente estrecha, de cabellos canos y aplastados, de voz dulce, sin palabra, sin acción, sin poder; bravo ante el enemigo, tímido delante de cualquiera, con aspecto de soldado, pero también de sacerdote, que le hacía colocar al que lo examinaba entre la espada y el cirio. Tenía buena voluntad, pero nada podía hacer solo, sin prestigio, sin verdadera gloria y sin autoridad personal y marcado con el recuerdo de Roma; él comprendía que todo esto le dejaba como paralizado. Cuando le nombraron se subió sobre una silla y dió gracias á la Asamblea, con corazón firme sin duda, pero con palabra vacilante. Cuando el oficialito rubio se atrevió á mirarle cara á cara y á hacerle frente, el que tenía en sus manos la espada del pueblo y era el general de la Asamblea soberana solo acertó á balbucear estas palabras desdichadas:—"Os declaro que solo podemos obedecer obligados y á la fuerza la orden que nos prohíbe permanecer reunidos." Hablaba de obedecer el que debía mandar.

Cuán diferente de él era Tamisier! Tamisier, enérgico, convencido, simple capitán de artillería, tenía aspecto de general; su fisonomía interesante y grave á la vez, su corazón intrépido y su gran inteligencia, hacían de él una especie de filósofo-soldado, y si hubiese sido más conocido, hubiera podido prestar servicios decisivos. Dios sabe lo que hubiera sucedido si la Providencia hubiera concedido á Oudinot el alma de Tamisier, ó á Tamisier las charreteras de Oudinot.

En la sangrienta aventura de Diciembre faltó un uniforme de general bien llevado.

El papel que representa la pasajería en los destinos de las naciones ofrece materia suficiente para escribir un libro.

Tamisier, que fué nombrado jefe de Estado Mayor momentos antes de la invasión de la sala, se puso á las órdenes de la Asamblea. Estaba de pié encima de una mesa y hablaba con voz cordial y vibrante. Los más recelosos se animaban al ver su actitud modesta, proba y sincera. De repente se irguió, y mirando frente á frente á la mayoría realista, dijo:

—¿Me preguntais si acepto el mando que me ofrecéis? Lo acepto para defender á la República, pero nada más que á la República. Lo oís?

Un grito unánime le respondió:—"Viva la República!" y muchas manos estrechaban las suyas y muchos brazos le abrazaron, que el peligro mútuo es un catéquizador irresistible. En la hora suprema el ateo invoca á Dios y el realista á la República; se agarran á lo que han negado.

Los narradores oficiales del golpe de Estado refieren que desde el principio de la sesión, la Asamblea envió para negociar á dos de sus representantes al ministerio del Interior; pero dichos representantes fueron sin mandato alguno. Se presentaron en su propio nombre. Se ofrecieron como intermediarios para que terminase pacíficamente la catástrofe sobrevenida. Intimaron con ingénuo probidad á Morny á que se constituyera en prision y respetara la ley, diciéndole que, si se negaba, la Asamblea, cumpliendo con su deber, llamaría al pueblo para que defendiera la Constitución y la República. Morny les respondió sonriendo:—"Si haceis que el pueblo tome las armas y encuentro en las barricadas á los representantes, fusilaré desde el primero hasta el último."

La reunión del 10.º distrito cedió á la fuerza. El presidente Vitet exigió que le prendieran y el agente que lo hizo estaba pálido y temblaba, porque en ciertos casos, poner la mano sobre un hombre es ponerla sobre el derecho, y los que á esto se atreven sienten el temblor que les causa la ley perturbada.

La salida de la Alcaldía fué larga y embarazosa. Transcurrió media hora próximamente mientras los soldados formaban en fila y los comisarios, que se ocupaban en rechazar los transeúntes en la calle, enviaban á tomar órdenes al ministerio del Interior. Mientras, algunos representantes, sentados junto á la mesa, escribieron á sus familias, á sus esposas y á sus amigos, disputándose las últimas hojas de papel y las plumas.

El general F..., que negó un batallón al presidente de la Constituyente, Mar-rast, á pesar de haberle éste ascendido de coronel á general, en el patio de la Alcaldía, con la cara encendida y casi ébribo, saliendo según se cree de almorzar en el Eliseo, presidía el atentado. Un representante, cuyo nombre sentimos ignorar, metió la bota en el arroyo y se la limpió en el galon de oro del pantalón de uniforme del general F... El representante Lherbette se le acercó y le dijo:

—General, sois un cobarde.

Volviéndose después á sus colegas, gritó:

—Ya oís que estoy diciendo á este general que es un cobarde.

El general F... permaneció impassible, conservando el ceno en el uniforme y el epíteto en la mejilla.

La reunión no llamó al pueblo á las armas; no tenía fuerza bastante para esto: sin embargo, en sus últimos momentos, el representante de la izquierda Latrade practicó un nuevo esfuerzo, y llevándose aparte á Berryer, le dijo:

—Ya que hemos resistido, ahora no nos dejemos prender. Dispersémonos por las calles gritando:—A las armas!

Berryer confirió algunos instantes con el presidente Benoist, que se negó á esta pretensión.

El dependiente acompañó otra vez á los miembros de la Asamblea hasta la puerta de la Alcaldía con el sombrero en la mano; cuando aparecieron en el patio entre dos filas de soldados, los guardias nacionales del punto les presentaron las armas y exclamaron:—"Viva la Asamblea! ¡Vivan los representantes del pueblo!" Los cazadores de Vincennes, inmediatamente y casi á la fuerza, desarmaron á los guardias nacionales. Frente de la Alcaldía había una taberna; cuando la Asamblea apareció en la calle, custodiada por el general F... y llevando á la cabeza al presidente Vitet, algunos hombres con blusa blanca agrupados á las ventanas de la espenduría de vino aplaudían, gritando:—"Bien hecho! ¡Abajo los veinticinco francos! (1)"

Empezaron á andar los cazadores de Vincennes, que marchaban en dos filas al lado de los prisioneros y les dirigían miradas de odio. El general Oudinot decía á media voz:—"Esta infantería es terrible; en el sitio de Roma entraron al asalto como furias." Los oficiales rehuían las miradas de los representantes.

Caminaban lentamente. A pocos pasos de la Alcaldía el cortejo encontró á M. Chegaray. Los representantes le dijeron:—"Venid!" El respondió, haciendo un gesto expresivo con las manos y con los hombros:—"Ya que no me han cogido..." y pasó de largo; pero tuvo vergüenza y volvió.

Poco después se encontraron á M. de Lesperut y le llamaron también:—"Soy de los vuestros," les contestó. Los soldados le rechazaban, pero él apartó los

fusiles y entró á la fuerza en la columna.

Al principio tuvieron la idea de conducir la Asamblea directamente á Mazas, pero el ministro del Interior dió contraórden. Temió el largo trayecto á pié y en el lleno del día por calles populosas y fáciles de conmover, y le ocurrió llevarla al cuartel de Orsay, que estaba mucho más cerca, y le eligió como cárcel provisional. Por todas las partes que pasaba el cortejo, desde las aceras, desde las puertas, desde las ventanas, gritaba la población:—"¡Viva la Asamblea nacional!" Cuando advertía que iban en la columna también algunos representantes de la izquierda, añadían al primer grito el de:—"Viva la República!"

Un oficial de Estado Mayor, montado, de gran uniforme, encontró al cortejo, vió en él al señor de Vetimesnil y se acercó á saludarle en la calle de Beamse: en el momento de pasar por delante de la casa social de la *Democracia pacífica*, un grupo gritó:—"¡Abajo el traidor del Eliseo!"

Cuando llegaron al muelle de Orsay, las exclamaciones y los gritos aumentaron, porque allí había inmenso gentío. Por ambos lados del muelle, doble fila de soldados de línea, que se tocaban codo con codo, contenía á los espectadores. Por el sitio de enfrente que habían dejado libre avanzaban lentamente los miembros de la Asamblea, teniendo á su derecha y á su izquierda dos filas de soldados, una inmóvil, que amenazaba al pueblo, y la otra andando, que amenazaba á los representantes.

Sérias reflexiones sugieren cada uno de los detalles del gran crimen que este libro se dedica á referir. Ante el golpe de Estado de Luis Bonaparte, el hombre honrado oyó en lo más profundo de su conciencia rumor de pensamientos indignados. No nos atribuirá el que nos lea hasta el fin la idea de atenuar este acto monstruoso; pero como el historiador debe señalar siempre la lógica profunda de los hechos, es necesario repetir, y repetir hasta la saciedad, que, exceptuando un corto número de miembros de la izquierda, los trescientos representantes que presos desfilaban por delante de la multitud, constituían la antigua mayoría realista y reaccionaria de la Asamblea. Olvidando sus errores, sus faltas y hasta sus ilusiones, estos personajes tratados de esta manera eran los representantes de la primera nación civilizada, legisladores soberanos, senado-

(1) Esta es la dieta que cobran los diputados franceses. (N. del T.)

res del pueblo, mandatarios inviolables y sagrados del derecho democrático; y así como el hombre lleva en sí algo del espíritu de Dios, cada uno de estos elegidos por el sufragio universal llevaba en sí algo del espíritu de la Francia: si pudiéramos olvidar por un solo momento todo lo que acabamos de decir, el citado espectáculo sería quizá más risible que triste; sería más irónico que lamentable ver el partido del orden preso en masa y conducido á la prision por agentes de policía.

Un día, ó mejor dicho una noche, con el pretexto de haber llegado el momento oportuno de salvar á la sociedad, el golpe de Estado, queriendo apoderarse bruscamente de los demagogos, prende á los realistas.

Llegaron al antiguo cuartel de Guardias de corps, en cuya portada se conserva aun un escudo esculpido, en el que se distingue aun la señal de las tres flores de lis, que se borraron en 1830. Allí se detuvo el cortejo. La puerta del cuartel se abrió.

Entonces campeaba aun sobre la pared, al lado de la puerta, un gran cartel, en el que se leía en letras gruesas: *Revision de la Constitucion*. Era el anuncio de un folleto que se publicó dos ó tres dias antes del golpe de Estado, sin nombre del autor, en el que se pedia el restablecimiento del Imperio, y que se atribuye al presidente de la República. Entraron los representantes en el cuartel y luego la puerta se cerró. Cesaron los gritos; la multitud, que muchas veces tiene delirios, permaneció durante algun tiempo en el muelle, muda, inmóvil, mirando á la puerta cerrada del cuartel y á la fachada silenciosa del palacio de la Asamblea.

Los dos comisarios de policía fueron á dar cuenta del suceso á M. de Morny. Este dijo:—*Bien; ya está entablada la lucha. No será necesario prender á más representantes.*

XIII.

Luis Bonaparte de perfil.

El golpe de Estado no agitaba á todos los hombres políticos del mismo modo. La fraccion legitimista extrema, que representa la bandera blanca, no estaba, preciso es confesarlo, muy exasperada contra el suceso del día.

En muchos de los rostros de sus representantes podian leerse estas frases de

M. de Falloux:—*Estoy tan satisfecho, que necesito esforzarme para solo aparecer resignado.* Los puros bajaban los ojos, lo que sienta muy bien á la pureza; los atrevidos erguian la frente, poseidos de la indignacion imparcial que no excluye la admiracion. Decian: "Han preso á los generales con mucha habilidad." Uno de esos retrógrados decia suspirando con envidia y con pesadumbre:—*Nosotros no tenemos un hombre de tanto talento.* Otro murmuraba:—*Asi habrá orden.* Un tercero exclamaba:—*Es un crimen, pero muy bien tramado.* Algunos flotaban atraidos por una parte por la legalidad, que representaba la Asamblea, y por otra por la abominacion, que sentian por Bonaparte; almas honradas que hacian equilibrios entre el deber y la infamia. Hubo un representante de dicho partido que llegó á la sala principal de la Alcaldía, miró dentro, miró fuera y entró. Injustos seríamos si no dijéramos que otros realistas puros, como M. de Vetimesnil, hablaban con el acento sincero y con la honrada indignacion de la justicia.

De todos modos el partido legitimista, considerándole en conjunto, no se asustaba por el golpe de Estado; no le temia. Los realistas nada podian temer de Luis Bonaparte.

No se teme la indiferencia, y Luis Bonaparte era un hombre indiferente. No se ocupaba más que de sus propósitos. Desembarazar el camino para llegar á su objeto era todo lo que hacia; de lo demás no se ocupaba. Toda su política se reducía á esto: á concluir con los republicanos y á despreciar á los realistas.

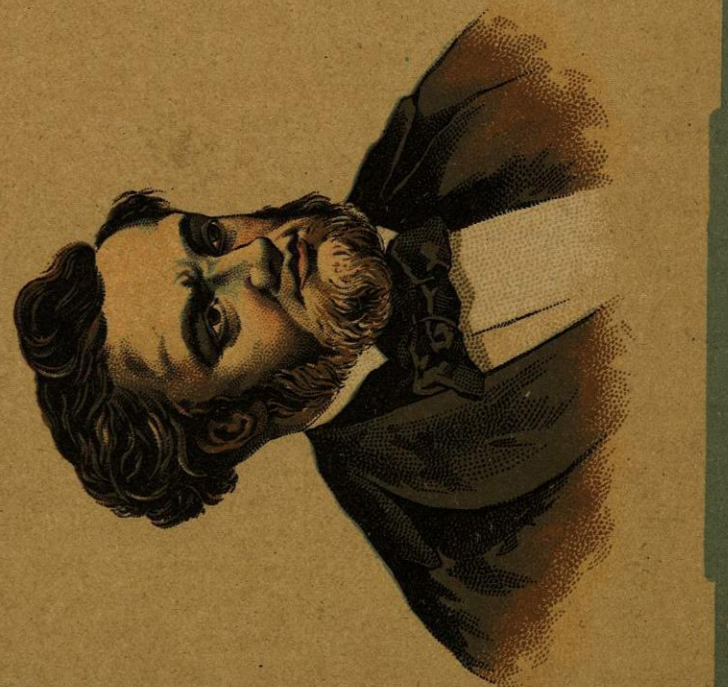
Luis Bonaparte era incapaz de sentir pasiones. El que estas líneas escribe, hablando un dia de Luis Bonaparte con el antiguo rey de Westphalia, decia:—"En él lo que tiene de holandés neutraliza lo que tiene de corso."—"Si es que tiene algo de corso," me respondió Gerónimo.

Luis Bonaparte ha sido siempre el hombre que acecha la fortuna, el espía que trata de engañar á Dios. Tiene el pensamiento lívido del jugador tramposo. La trampa admite la audacia y admite la cólera. Cuando estuvo prisionero en Ham solo leía el *Principe*, de Maquiavelo. Como no tenia familia, podia elegir entre la de Bonaparte y la de Werhuell; como no tenia patria, podia elegir entre la Francia y la Holanda.

Este Napoleon se aprovechaba de Santa Elena segun le convenia. Admiraba á la Inglaterra sin estar resentido con



MORNY.



JULIO FABRE.

A. Cantu Farruqui

ella, porque para él en el mundo no había resentimientos, sino intereses. Perdonaba porque explotaba, y se olvidaba de todo porque todo lo calculaba. ¿Qué le importaba á él de su tío? No le servía, pero se aprovechaba de él. La mezquindad de su pensamiento se fijaba en Austerlitz y rellenaba el águila de paja.

El rencor es un gasto improductivo. Luis Bonaparte solo tenía la cantidad de memoria que necesitaba. El recuerdo de Hudson-Lowe no le impedía sonreír á los ingleses, ni el marqués de Montchenu le impedía sonreír á los realistas.

Era un político grave, de buena sociedad, encerrado en su premeditación, sin arrebatos, sin pasar nunca de los límites propuestos, sin brusquedades, sin incomodarse, discreto, correcto, instruido; hablando con dulzura de una matanza necesaria, y siendo asesino cuando su juicio creía indispensable serlo; pero todo esto sin pasión y sin cólera.

Luis Bonaparte era uno de esos hombres que habían sufrido el enfriamiento glacial de Maquiavelo; solo siendo así pudo hundir el nombre de Napoleón y sobreponer el 2 de Diciembre al 18 Brumario.

XIV.

El cuartel de Orsay.

Eran las tres y media.

Los representantes presos entraron en el patio del cuartel, que era un paralelogramo muy extenso que encerraban y dominaban altas murallas; estas murallas, que recortaban tres filas de ventanas, ofrecen el aspecto tétrico de los cuarteles, de los seminarios y de las cárceles.

Se entra en el patio por un pórtico abovedado que ocupa todo el espesor de la fachada. Esta bóveda, donde está el cuerpo de guardia, la cierra por la parte del muelle una puerta gruesa de dos hojas y por la parte del patio una verja de hierro. Entre la puerta y la verja encerraron á los representantes.

—Dejadlos que anden por ahí, dijo un oficial á los soldados.

El tiempo estaba frío, el cielo gris. Algunos soldados de chaqueta y con gorra de cuartel, que estaban ocupados en el servicio, pasaban y volvían á pasar cerca de los prisioneros.

M. Grimault primero y M. Antony Thouret, pasaron lista á todos los repre-

sentantes presos, que se agruparon en círculo á su alrededor.

Lherbette dijo riendo:

—Esto es muy propio del sitio en que nos encontramos; somos los sargentos primeros que venimos á tomar la orden.

Se leyeron los nombres de los setecientos cincuenta representantes de que se componía la Asamblea; al oír cada apellido respondían *ausente* ó *presente*, y el secretario anotaba con un lápiz á todos los presentes. Cuando en la lectura de la lista sonó el apellido de Morny, uno de los representantes contestó:—“En Clichy!,” Cuando sonó el nombre de Persigny, él mismo dijo:—“En Poissy!,” La lista dió por resultado estar presentes, esto es, presos, doscientos veinte representantes.

Los representantes permanecieron encerrados y paseándose por el patio durante dos horas. Los de la derecha decían á los de la izquierda:

—¡Si hubiérais votado la proposición de los cuestores!

Añadiendo también:

—Y el *centinela invisible*? (1) y se reían.

Marc Dufraisse respondía:

—*Mandatarios del pueblo, deliberad en paz.*

Entonces, á su vez, se reían los de la izquierda. Por lo demás, parecían poco apesadumbrados y reinaba entre ellos la cordialidad que nace de la comun desgracia.

Dirigían los representantes preguntas sobre Luis Napoleón á algunos que habían sido sus ministros. Le preguntaban al almirante Cicille:—“¿Pero qué es ese hombre?,” El almirante daba esta definición:—“Poca cosa,” M. Vegin añadía:—“Quiere que la historia le llame “señor,” —“Pobre señor!,” replicaba Camus de la Gíbourgere. M. Odilon Barrot exclamaba:—“¡Es una fatalidad que hayamos tenido necesidad de echar mano de ese hombre!,”

A la derecha, junto á la puerta, había una cantina sobre varios escalones que había encima del empedrado del patio. —“Elevemos esta cantina á la dignidad de café,” dijo el antiguo embajador de China, Lagrense. Entraron en la cantina; unos se aproximaban á la estufa, otros pedían caldo. Fabreau, Piscatory, Larabit y Vetimesnil se refugiaron en un rincón. En el lado opuesto soldados borrachos conversaban con las criadas del cuartel. M. de Keratry estaba sentado

(1) Michel de Bourges calificó así á Luis Bonaparte como guardian de la República contra los partidos monárquicos.

en una silla vieja y apollada que se movía, y el pobre viejo tiritaba.

A las cuatro llegó al patio un batallón de cazadores de Vincennes con sus ollas de rancho y se pusieron á comer con gran alegría y cantando. M. de Broglie, observándoles, decía á M. de Piscatory:—Es cosa extraña que las marmitas de los genizaros hayan desaparecido de Constantinopla y aparezcan en París.

Casi al mismo tiempo un oficial de Estado Mayor notificó á los representantes, de parte del general Forey, que tenían dispuestas las habitaciones que se les destinaba, y les invitó á que le siguieran. Les llevó á la parte del edificio que dá al Este y que forma el ala del cuartel que está más lejos del palacio del Consejo de Estado, ordenándoles que subieran al tercer piso. Los representantes, que esperaban encontrar allí habitaciones preparadas y camas hechas, se encontraron con vastas salas, con grandes desvanes de paredes sólidas y de techos bajos, amueblados con tablas y con bancos de madera. Los desvanes se comunicaban entre sí, desembocando en el mismo corredor, que era una especie de ramal estrecho que ocupaba toda la longitud del cuerpo del edificio. En uno de ellos había en un rincón amontonados algunos tambores, un bombo y varios instrumentos de las músicas militares.

La última de estas salas tenía vistas al muelle. Antony Thouret abrió una ventana y procuró acomodarse allí. Otros representantes se dirigieron también á la ventana. Los soldados que estaban bajo en la acera los percibieron y se pusieron á gritar:—“¡Ahí están esos hambrones de veinticinco francos que querían escatimarnos la soldada!”, Efectivamente, la víspera la policía esparció por los cuarteles la calumnia de que se había presentado á la Asamblea una proposición para disminuir el prest de la tropa, y hasta inventaron el nombre del autor de la proposición. Antony Thouret quiso convencer á los soldados de que eso era mentira, y un oficial le contestó:—Esa proposición la ha presentado el representante Lamennais.

Hacia la una y media entraron en dichas salas Balette, Bixio y Víctor Lefranc, que fueron á reunirse con sus colegas y á constituirse prisioneros.

Se acercaba la noche y sentían hambre: muchos de ellos no habían comido nada desde por la mañana. M. Howin de Tranchère, hombre simpático y deci-

dido, que en la Alcaldía hizo de portero, allí se convirtió en furriel. Recogió cinco francos de cada uno de los representantes y encargó una comida de doscientos cubiertos en el café de Orsay. Comieron mal y alegremente carnero de figon, queso pasado y vino pésimo, con escasez de pan. Cada cual se arreglaba como podía; uno comía de pié, otro sentado en una silla, éste en una mesa, aquel á horcajadas en un banco; soldados y cantineros les servían. Dos ó tres velas de sebo ardían y alumbraban en cada mesa. Escaseaban los vasos; la derecha y la izquierda bebían en los mismos.—“Aquí reina la igualdad y la fraternidad”, decía el marqués Sauvare Barthelèmy, que pertenecía á la derecha.—“Pero no la libertad”, respondía Víctor Hennequin.

El coronel Ferray, yerno del mariscal Bugeaud, jefe del cuartel, mandó abrir su salón á M. de Broglie y á M. Odilon Barrot, los que aceptaron. Abrieron las puertas del cuartel á M. de Keratry por su avanzada edad; á M. Dufaure porque su esposa iba de parto, y á M. Etienne por la herida que recibió por la mañana en la calle de Bourgogne; pero en cambio llegaron á aumentar el número de los doscientos veinte presos Eugenio Sué, Benoist (del Ródano), Jayolle, Chanay, Toupet-des-Vignes, Radoub, Lafosse, Arbey y Teillard-Latérisse, que hasta entonces estuvieron detenidos en el nuevo palacio de Negocios extranjeros.

Hacia las ocho de la noche, cuando terminaron de comer, se aflojó la consigna y empezó á llenarse de sacos de noche y de objetos de tocador el espacio comprendido entre la puerta y la verja del cuartel, cuyos objetos enviaban las familias á los representantes. Llamaban por sus apellidos á los que iban á buscar, y cada cual bajaba cuando le llegaba el turno, y cada cual volvía á subir con su paquete, con su bulto, con su abrigo ó con sus zapatillas. Algunas mujeres lloraron al ver á sus maridos. M. Chambolle consiguió estrechar la mano de su hijo al través de la verja.

De repente una voz dijo:—“¡Vamos á pasar aquí la noche!”, El que así habló veía entrar colchones, que tendieron sobre las tablas y en tierra. Solo cincuenta ó sesenta representantes pudieron tener sitio en los colchones; los demás se tuvieron que quedar en los bancos. Pero á pesar de esto continuó entre ellos la cordialidad y la alegría.—“¡Paso á los

burgaves!”, dijo sonriendo un venerable viejo de la derecha.

Un representante, que era republicano y joven, se levantó y le ofreció el colchón.—“Reconciliación”, decía Chamiot, ofreciendo la mitad del colchón al duque de Luynes. El duque de Luynes, que tenía dos millones de renta, respondía sonriendo á Chamiot:—“Vos sois San Martín y yo el pobre.” M. Paillet, célebre abogado, que pertenecía al estado llano, exclamaba:—“He pasado la noche en un jergón bonapartista, envuelto en un albornoz montañés, con los piés en una piel de carnero democrático-social y la cabeza en una gorra de algodón legitimista.”

Los representantes presos en el cuartel podían andar por el interior del edificio con bastante libertad y se les permitía bajar al patio. M. Cordier subió diciendo:—“Vengo de hablar con los soldados, que no sabían aun que los generales estaban en la cárcel. Se admiraron y están disgustados.” Esto hizo cobrar alguna esperanza á los representantes. Miguel Renaud, natural de los Bajos Pirineos, se encontró con varios compatriotas suyos del país vasco entre los cazadores de Vincennes que ocupaban el patio. Algunos de ellos hasta le recordaron que le habían votado, diciéndole además que ahora votarían hasta una candidatura roja. Uno de ellos le llamó aparte y le dijo:—“Señor, ¿necesitais dinero? Yo tengo aquí una moneda de dos francos.”

Hacia las diez de la noche se oyó gran alboroto en el patio. Las puertas y las verjas giraron sobre sus gonces, produciendo gran ruido. Entraba por las puertas un objeto que rodaba como el trueno. Los representantes se asomaron á las ventanas y vieron detenido al pié de la escalera una especie de cofre inmenso y oblongo, pintado de negro, de amarillo, de rojo y de verde; montado sobre cuatro ruedas, que tiraban caballos de posta y que rodeaban hombres de levitas largas y de aspecto feroz, que llevaban hachones en la mano. Distinguíase en esa especie de cofre una puerta, pero ninguna otra abertura. Parecía un inmenso ataúd ambulante.—“¿Qué es eso? ¿Es un carro fúnebre?”—“No, es un coche celular.”—“Y esos hombres son saca-muertos?”—“No, son carceleros.”—“Y para qué vienen?”—“¡Por vosotros, señores!”, gritó una voz.

Un oficial era el que habló así y un

coche celular el objeto que entraba en el patio del cuartel.

Al mismo tiempo se oyó esta voz de mando:—“A caballo el primer escuadrón.”

Cinco minutos después los lanceros que debían escoltar los coches se situaron en el patio en orden de batalla.

Levantóse en el cuartel súbitamente rumor de enjambre espantado. Los representantes subían y bajaban las escaleras y se acercaban á ver el coche celular. Algunos hasta lo tocaban, no dando crédito á sus propios ojos. Piscatory decía á M. Chambolle:—“¡Yo iré ahí dentro!”, Berryer encontró á Eugenio Sué y entablaron este brevísimo diálogo:—“A dónde vais?”—“Al Monte Valerien.”—“Y vos?”—“Yo no lo sé.”

A las diez y media empezaron á llamarles para partir. Algunos rufianes se sentaron junto á una mesa, alumbrada por dos velas, en una sala baja al pié de la escalera, y fueron llamando á los representantes dos á dos. Los representantes habían convenido en contestar cada vez que llamasen á alguno:—“No está”; pero los burgraves que habían aceptado la chimenea del coronel Ferray juzgaron esa resistencia indigna de ellos, y respondieron al llamamiento de sus nombres; esto obligó á los demás á seguir su ejemplo.

Los representantes, llamados dos á dos, como acabamos de decir, desfilaban en la sala baja ante los rufianes, que les mandaban subir al coche de los ladrones. Parecía que en el orden de subir los representantes á los coches había confusión y casualidad; pero más tarde, al ver los diferentes tratamientos infligidos á los representantes en las distintas prisiones, se observó que esta confusión quizá había sido premeditada. Cuando estuvo lleno el primer coche entró otro. Los rufianes, con lápiz y un cuaderno en la mano, tomaban nota de los individuos que entraban en cada coche, porque conocían á los representantes. Cargar cada coche costaba cerca de media hora. Con los representantes que fueron llegando se elevó el número de prisioneros á doscientos treinta y dos. Su embanastamiento en los coches comenzó á las diez de la noche y terminó á las siete de la mañana. Cuando llenaron todos los coches celulares se sirvieron de ómnibus. Dividieron los coches en tres convoyes, que iban escoltados por lanceros. El primer convoy partió á la una de la mañana,